

## ESCENA VI

OROZCO, CALDERÓN y AGUADO aparecen en la sala de la derecha. En una de las mesas de ésta, continúan jugando al tresillo CISNEROS, MALIBRÁN y PEZ. En otra juegan el EXMINISTRO y los TRÚJILLOS, padre é hijo.

OROZCO, á Aguado.

No es exacto, repito, y buen tonto sería yo si tal hiciese.

AGUADO.

Pues á mí me han dicho que, á no ser por usted, el *Correccional de jóvenes delincuentes* no se habría construido nunca.

OROZCO.

Habladurias. He contribuido á esta obra benéfica en la misma medida que los demás iniciadores, y desempeño el cargo de tesorero de la Junta.

AGUADO.

Ahí es donde cae usted, amigo mio. ¡Si todo se sabe! La Junta no recauda lo bastante para continuar con método las obras. Llega un sábado y faltan fondos para pagar los jornales de la semana. Pero no hay que apurarse: el buen Orozco tira del talonario, y...

OROZCO, risueño y calmoso.

Pues estaría yo lucido. No, esas generosida-

des caen ya dentro del fuero de la tontería, y francamente, yo aspiro á que se tenga mejor idea de mí. El atribuirle á uno méritos que no posee, y que, por lo disparatados, no deben lisonjear á nadie, constituye una especie de calumnia, si, señor, una calumnia de benevolencia, que si no se cuenta entre los pecados, no debe contarse tampoco entre las virtudes.

AGUADO.

¿De modo que, según ese criterio, yo soy un calumniador... al revés? Pues me corregiré, pierda usted cuidado; diré que es usted un pilló, un hombre sin conciencia; diré más: diré que el tesorero este se da sus mañas para distraer cantidades del fondo del *Correccional* y aplicarlas á sus vicios.

OROZCO.

Basta; no tanto. (*Con jovialidad.*) Pues mire usted: si se dijera eso, alguien lo creería más fácilmente que lo otro, siendo ambas cosas falsas.

AGUADO.

No crea usted que la opinión pública se deja extraviar tan fácilmente por los difamadores. Ya ve usted las atrocidades que han dicho de mí. Que si me traje media isla de Cuba en los bolsillos; que si vendía los blancos como antes se vendían los morenos; mil tonterías. Pues si

al principio se formó contra mí una atmósfera tan densa que se podía mascar, no tardé en disiparla con mi desprecio, y al fin la opinión me hizo justicia.

CALDERÓN.

¿Qué duda tiene? (*Con ironía.*) La reputación de usted es como el sol, que disipa las nieblas, y resplandeciendo en el cenit de la fama...

OROZCO.

No te metas á hacer figuras, Pepe, que armas unos líos... Por supuesto, yo desconfío siempre de la voz pública, así cuando vitupera como cuando alaba, y creo que rarísima vez acierta.

AGUADO.

Pues aguantar el chubasco, señor mío. De usted se dicen horrores: que costea solo ó casi solo las obras del *Correccional* para chicos; que le comen un codo las Hermanitas de la *Paciencia*; que viste todo el Hospicio dos veces al año, y qué sé yo...

OROZCO.

Más vale que les dé por ahí. Yo también pienso echarme á panegirista de los amigos; diré que el señor de Aguado fundará un asilo para cesantes de Ultramar.

AGUADO.

¿Yo? Que los parta un rayo. Eso sí que no lo

creerá bicho viviente. Para que me *asilen* estoy yo, no para *asilar* á nadie. Desnudo fui y desnudo vine.

CISNEROS, *terminando una jugada.*

Ea..., entregarse... No puede usted conmigo.

MALIBRÁN, *paga, disimulando cortésmente su mal humor.*

Ahí va..., D. Carlos, he tenido el honor de que me gane usted seis duros.

CISNEROS.

El honor de jugar conmigo se paga caro.

MALIBRÁN.

Pero con gusto. (*Aparte.*) Maldita sea tu estampa, pícaro viejo. (*Alto.*) D. Carlos, dispéñeme y deme de alta: tengo que marcharme. Calderón me sustituirá en el papel de víctima. (*Se levanta; Calderón ocupa su sitio.*)

CALDERÓN.

No, lo que es á mí no me trastea D. Carlos. Prepárese usted, que le voy á abrásar vivo.

CISNEROS, *barajando.*

Este Calderón es de cuidado; pero no puede conmigo. ¿Tienes dinero? Si no lo tienes, dile al benéfico Orozco que te llene los bolsillos, porque ahora la entregas. (*Juegan.*)

MALIBRÁN, á Orozco.

¡Ah, qué cabeza...! ¿Pues no me iba sin decirle á usted lo que más presente tenía?... Aquel muchacho que usted me recomendó... ¿No se acuerda? Ya le hemos metido en un viceconsulado de Asia.

OROZCO.

Bien... Pues francamente, yo tampoco me acordaba. Ha hecho usted una buena obra: Ese joven es hijo de una pobre viuda...

MALIBRÁN.

No tiene que agradecerme su colocación... Yo lo he hecho por usted.

OROZCO.

¡Por mí!... Si apenas le conozco. Me lo recomendó... (*Haciendo memoria.*) Pues no me acuerdo, ni hace al caso. Ello es que hay tanta miseria en este mundo, que se llega á perder la cuenta de los desfavorecidos de la suerte que pordiosean en una ú otra forma.

AGUADO.

Es verdad; el desequilibrio entre las necesidades y las posiciones es tal, que el sablazo ha venido á ser continuo y denso, como una granizada; y no cae sólo sobre la cabeza del rico, ino también sobre los que vivimos con modesto pasar. Sablazos en la calle y en la casa, por

la mañana y por la tarde, en pleno día y á la melancólica hora del crepúsculo; sablazos de dinero, de recomendaciones, de influencias. Aseguro á usted que comemos de milagro.

OROZCO, *distraído.*

De milagro...

AGUADO.

Admiro la paciencia de usted y su longanidad. (*Siguen hablando. Malibrán pasa al salón y se encuentra con Villalonga, que ha salido de la sala japonesa.*)

VILLALONGA.

¿Te vas ya?

MALIBRÁN.

Sí, voy á despedirme de la ingrata.

VILLALONGA.

¿Y cómo va eso?

MALIBRÁN.

Desastrosamente. No he adelantado ni un solo palmo de terreno. Me confirmo cada día más en la certeza de lo que hablábamos anoche.

VILLALONGA.

¿Crees que hay moros por la costa?

MALIBRÁN.

Como creo en Dios. Y esa morisma hace tiempo que piratea. Nada, Augusta tiene su

enredito. Y ten por cierto que tiro de la manta y se lo descubro.

VILLALONGA, *con sorna*.

¡Sí; véngate. A estas virtudes enfatuadas hay que arrancarles la aureola. ¡Cuidado si será tonta esa mujer! No quererte á ti, tan buena figura, tan sacadito de cuello, entendidito en pintura, familiarizado con la política extranjera, y muy fuerte en todo lo que sea *triples alianzas*. Por supuesto, yo creo que te idolatra y lo disimula; también ella tiene sus puntas de diplomática.

MALIBRÁN.

No te burles. Y que está enamorada no ofrece ya duda para mí. ¡Ah, tengo yo un olfato...! He rastreado mil síntomas infalibles. Cualquiera día se me escapa á mí una pieza de esta clase.

VILLALONGA.

Grandísimo adúltero, de quien está prendada es de ti.

MALIBRÁN.

No, no.

VILLALONGA.

¿En quién te fijas, pues?

MALIBRÁN.

Qué sé yo. En Calderón, la ostra de la casa, en el artillerito ese, en Federico Viera, en Manolo Infante.

VILLALONGA.

El más verosímil me parece Infante. Ese las mata callando.

MALIBRÁN.

Pues no sé qué te diga. Déjame proseguir mis estudios y mis... diligencias. Ahora... (*bajando la voz*) la estoy acechando en sus salidas de casa, y créelo, le deshago el tapadizo; créelo como ésta es noche.

VILLALONGA.

Estás trastornado, Cornelio.

MALIBRÁN.

Chico, cuestión de amor propio. Todas las pasiones son eso y nada más que eso. Llámalo *el diablo*. Tal como están hoy las sociedades, con las religiones abatidas y la moral llena de distingos, el amor propio nos gobierna. ¿Ves á Orozco, á quien todos llaman la mejor persona del mundo? Pues es que se ha impuesto ese papel, y lo sostiene por algo que se asemeja á la vanidad del artista. Si estuviéramos en época en que la santidad fuera moda, ese se haría canonizar por pintarla, y extremaría sus actos benéficos hasta el sacrificio y la mortificación, todo por orgullo, por el culto del arrastrado Yo. Ley primaria del mundo es el amor propio. Todos hacemos un altar donde nos ponemos á nosotros mismos, y nos adoramos con un dogma cual-

quiera. Mi dogma es vencer en empeños amorosos.

VILLALONGA.

Vencerás. Así tuviera yo tan seguros el cielo y mi canonjía del Senado. Por cierto que el empeño de meter á Orozco en la combinación me ha hecho bajar un puesto en la lista.

MALIBRÁN.

Tontería. ¡Si Tomás no lo desea!

VILLALONGA.

No te fies de apariencias. Ya sabes que tengo á nuestro amigo por un poquitín hipócrita. Esa modestia, esos ascos al bombo son afectados. Cada cual se busca su toque ó manera en la sociedad, y el toque de ese es decir «no quiero, no quiero», para que se lo den todo, y tres más.

MALIBRÁN.

Puede que tengas razón... En fin, es muy tarde, y yo me voy.

VILLALONGA.

¿A casa de Leonor?

MALIBRÁN.

Después. Sobre la una. Abur. (*Entra en la sala japonesa, se despide y sale de la casa.*)

## ESCENA VII

*Los mismos, menos MALIBRÁN.*

OROZCO, *pasando con Aguado al salón.*

Apuesto á que todavía están apurando el tema del crimen.

MONTE CÁRMENES, *que sale de la sala japonesa.*

¡Crimen y siempre crimen! Augusta quiso entrar en la orden del día; pero Teresa se rebeló contra la presidencia, y ahora está haciendo una excursión patibulario-comparativa al campo de la historia, analizando la vida y milagros de la Bernaola, Vicenta Sobrino y otras tales.

OROZCO.

Mi mujer se pirra por los crímenes, y Teresa es capaz de traerse el verdugo en el bolsillo. Yo que el Gobierno, crearía con ellas y otras damas la policía judicial que tanta falta nos hace. ¿Verdad, Villalonga?... Venga usted para acá. Parece que está usted de puntas conmigo. Le prevengo que no he dado paso alguno para entrar en la combinación. Es cosa de los amigos de usted. Yo lo agradezco sin solicitarlo, y lo aceptaré si me lo dan, así como me quedaré tan fresco si me lo niegan.

VILLALONGA, *para sí.*

¡Valiente jesuitón estás tú! (*Alto.*) Para mí

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, N. L.

es cuestión de amor propio y, ¿á qué negarlo?, de conveniencia. Necesito el cargo para bandearme. Estoy cansado de luchar; tengo, como cada hijo de vecino, mi *serie de lamentables equivocaciones*. Llámelo usted mala cabeza, vértigo político; llámelo usted temperamento anárquico, si le parece mejor. Pero ya voy para viejo, y solicito esa posición para formalizarme y adquirir los hábitos de consecuencia que no tengo. ¿Soy sincero?

OROZCO.

Si. Sólo por su sinceridad merece usted la breva. Yo siento mucho que, sin comerlo ni beberlo, hayamos venido á ser rivales.

VILLALONGA.

Rivales no. En este caso, hay que hacer justicia al mérito y quitarle el sombrero. La posición, la riqueza de usted justificarían mi preterición, si no hubiera otros motivos.

EL EXMINISTRO, *que ha salido poco antes con ambos Trujillos de la sala de juego, y ha oído lo dicho últimamente por Villalonga, le coge por la solapa y con desentono le dice:*

Pero ven acá, impertinente, ¿para qué quieres tú la senaduría vitalicia? ¿Crees que eso se puede cambiar por una Dirección? ¿Crees que eso se da á la gente insegura y á los veletas como tú?

VILLALONGA, *reprimiendo su ira.*

¿Y para qué querías tú la cartera, grande hombre pequeñísimo?

EXMINISTRO.

¡Yo! ¡Si yo no la quería...!

VILLALONGA.

Que no..., ¡angelito! Como que si no te la dan te mueres. ¡Cuántas veces, en días de crisis, me dijiste: «Jacinto, por Dios, ¿le has hablado al Presidente? ¿Crees tú que iré yo ahora?» Y al fin fuiste. Y te ayudamos los amigos, jaleándote hasta tres meses después, y dándote un bombo fenomenal. Conque prudencia; que yo no me muerdo la lengua, y en historia contemporánea no me gana nadie.

EXMINISTRO.

Ni en hablar más de la cuenta tampoco. Siempre disolvente, adondequiera que vas. Parece mentira que teniendo tanto talento, te hayas empeñado en probar tu inutilidad.

VILLALONGA.

Pues te diré que... (*Conteniéndose.*) En fin, no quiero enfadarme.

EXMINISTRO.

Aunque te enfadaras...

OROZCO.

Vaya, señores, envainen los aceros.

AGUADO, *apartando á Orozco del grupo.*

Deje usted á los compadres que se peleen. Buen par de chanchulleros están los dos. Y Jacinto hace bien en tomarle el pelo al otro. Me ha contado que le tuvo hace quince años en la redacción del *Fanal*, trabajando de tijera. Explíqueme usted estas elevaciones. ¡Qué país! (*Villalonga y el Exministro siguen disputando con viveza, pero sin faltar á la cortesia.*)

OROZCO.

Jacinto es muy listo y vale mucho; pero su inconstancia le pierde. Habría sido ya ministro, si no tuviera la desgracia de encontrarse mal dondequiera que está.

TRUJILLO, *padre, con displicencia.*

Todos lo mismo. Unos por consecuentes, otros por inconsecuentes, ¡bueno tienen el país, bueno!

VILLALONGA, *disputando con el Exministro.*

No hay quien te baraje. Los hombres de talento, cuando dan en desbarrar...

EXMINISTRO.

¡Si quien desbarra eres tú! ¡Lo repito, parece mentira que teniendo tantísimo talento...!

VILLALONGA.

No te haces cargo de nada... Pero escucha.

EXMINISTRO.

Permíteme, bruto...

TERESA TRUJILLO, *que sale de la sala japonesa y busca á su hijo.*

¿En dónde está mi artillero? ¡Ah! (*Cogiéndole del brazo.*) Ven acá, hijo de mi alma. Vámonos, sácame de aquí.

OROZCO.

¿Pero se va usted? No lo consiento.

TERESA.

¡Ay, Tomás, tiene usted su casa infestada de *Cuadradismo!* Aquí no puede estar una persona que se interesa por la justicia.

OROZCO.

Pues yo creí que usted había convertido á mi mujer á la sana doctrina *Saratista.*

TERESA, *picada.*

¡Quiá!, siempre ha de llevarme la contraria. Si siguiéramos disputando, acabaríamos por reñir, como este par de tontos. (*Por el Exministro y Villalonga.*)

INFANTE, *que sale con el Marqués de Cícero de la sala japonesa.*

¿Qué rebullicio es este? Lo de siempre, discutiendo sobre cuál ha hecho más tonterías.

MONTE CÁRMENES.

Diciéndoles que hay crisis, puede que se pongan de acuerdo.

INFANTE, *interviniendo en la disputa.*

Señores, cese la discordia. El Ministerio está de cuerpo presente.

*Los disputadores no se aplacan; Infante y Monte Cármenes se ingieren en la discusión, y Orozco, Cícero, Teresa Trujillo, su esposo y su hijo les contemplan sonriendo. En la sala de la izquierda se quedan solos Augusta y Federico.*

AUGUSTA, *en pie, airada.*

Al fin se ha ido Manolo, el centinela de vista, y podemos hablar un instante. Tengo que decirte que te estás portando indignamente.

FEDERICO.

Yo, ¿por qué? (*Va á la puerta, atisba y retrocede.*) También yo deseaba que estuviéramos solos, para poder decirte...

AUGUSTA.

No quiero saber nada. ¡Seis días sin verme!

FEDERICO.

Por culpa tuya.

AUGUSTA.

No; tuya, mil veces tuya... No sé qué tienes en esos ojos... La traición, la mentira y el cinismo. (*Muy agitada.*) Ya me estoy acostumbrando á la idea de que te vas de mí, atraído por personas indignas, que no quiero ni debo nombrar.

FEDERICO.

No digas disparates. ¿Te espero mañana?

AUGUSTA.

No, repito que no. (*Mirando al salón con recelo.*) No vuelvo más; no me mereces.

FEDERICO.

Que no te merezco, ya lo sé; ¡pero tiene uno tantas cosas que no merece! ¡Dios es tan bueno!... ¿Irás?

AUGUSTA.

No quiero. Bien claro te lo digo.

FEDERICO.

¡Y yo que tenía que contarte tantas cosas!

AUGUSTA, *con viva curiosidad.*

¿Qué cosas? Cuéntamelas ahora.

FEDERICO.

Ahora no puede ser. Te espero allá, ¿sí ó no?



AUGUSTA.

He dicho que no voy. (*Aturdida.*) Lo pensaré... No, no, y mil veces no. Si fuera, iría para injuriarte, para decirte que te me estás haciendo aborrecible.

FEDERICO.

Pues para eso. Vas, y allí, muy tranquilamente, nos tiraremos los trastos á la cabeza.

AUGUSTA.

Cállate... Pueden oír... (*Con miedo.*) Te escribiré dos letras... No, no te escribo ni media letra; no me da la gana.

FEDERICO.

Pero...

AUGUSTA.

Basta... Cállate... Salgamos. (*Aparece en la puerta del salón.*)

OROZCO, á su mujer.

Si tú no calmas á estos energúmenos, no sé qué va á pasar aquí. Siéntate al piano, que la música á las fieras domestica.

OFICIAL DE ARTILLERÍA, á Augusta.

Es gracioso: los cuatro son ministeriales, y vea usted cómo están. Música, música. (*Augusta se sienta al piano y preludia.*)

AGUADO, *aparte.*

Música tenemos. Tocaré seguramente esas cosas que á mí me aburren. De buena gana me plantaría en la calle. ¡Beethoven, Chopín! Os cambio por una de aquellas habaneritas... Pero si lo digo, me llamarán vulgo. Fingiré que estoy en éxtasis.

INFANTE, *corriendo hacia el piano.*

Augusta, por amor de Dios, la sonata 14, *el clair de lune*...

EXMINISTRO.

Música, arte. Parta un rayo á la política.

VILLALONGA.

Tiene la palabra el Sr. de Beethoven.

*Todos rien, se alegran, y algunos se sientan para disfrutar de la buena música.*

AUGUSTA, *para sí, tocando.*

¡Para tocatas estoy yo! Dios tenga piedad de mí.

ESCENA VIII

Alcoba en casa de Orozco. Dos camas, una á cada lado de la estancia.

OROZCO, *sentado, meditabundo.* AUGUSTA, *que entra, vestida aún de sociedad.*

OROZCO, *para sí.*

Ya deseaba que se fueran. Me siento esta noche más fatigado que nunca.

AUGUSTA, *para sí.*

Gracias á Dios que me he quedado sola. ¡Tener que sonreír y tocar el piano para que los demás se diviertan!...

OROZCO, *alto.*

La música me pone triste esta noche. ¿Á qué lo atribuyes tú?

AUGUSTA, *absorta, no contesta si no después de una pausa.*

Perdona: estaba distraída.

OROZCO.

Te digo que la música me ha puesto triste...

AUGUSTA, *alarmada.*

¿Tú triste?... ¿Por qué?... ¡Ah!, la pícara imaginación. Es que de algún tiempo á esta parte cavilas demasiado, y te fijas más de lo conveniente en asuntos que por tu posición debieras mirar con calma. Ahí tienes por qué te desvelas tan á menudo. Cuando no se duerme bien, querido, toda la máquina anda mal, y el espíritu más valiente se desmaya.

OROZCO.

De veras que duermo mal, y no sé á qué atribuirlo. Ello debe de ser contagioso, porque tú también, al menos anoche, estuviste muy despabilada.

AUGUSTA.

Es que cuando te siento despierto, yo no puedo dormir... No creas, á mí no me importa. Resisto perfectamente el insomnio. Este cerebro mío no trabaja ordinariamente lo que el tuyo. A ti te pasa lo que á muchos que, hallándose dotados de grandes energías, no saben en qué emplearlas, por haberse encontrado resueltos los principales problemas de la vida. No hay ningún asunto grave, de tu propio interés, que ocupe tu ánimo, y para llenar este vacío buscas fuera mil extrañas cosas, y te las apropias, y les das un calor que no debieran tener para ti.

OROZCO, *aparte, ensimismado.*

¡Qué lejos de mí, pero qué lejos, veo á mi mujer!

AUGUSTA

Ya te afanas porque los muchachos delincuentes tengan un asilo en que se les corrija; ya te interesas por las niñas abandonadas, como si fueran tuyas. O bien das en proteger á ingratos, en salvar de la miseria á los que se han arruinado por informales ó tramposos... No, yo no te censuro que seas caritativo y ayudes al prójimo. Pero todo tiene su límite, hasta la bondad. Para todo hay una medida en lo humano.

OROZCO.

Vida mía, me juzgas mejor de lo que soy.